

INTRODUCCIÓN

ISMAEL CRESPO MARTÍNEZ

Catedrático de Ciencia Política y de la Administración, Universidad de Murcia

JOSÉ MIGUEL ROJO MARTÍNEZ

Profesor de Ciencia Política, Universidad de Murcia

Desde hace una década, investigadores de todo el mundo reflexionan sobre el incremento de la hostilidad y de la intolerancia entre los ciudadanos que tienen diferentes identidades políticas (Iyengar *et al.*, 2019). Una nueva atmósfera afectiva marcada por el intenso rechazo a los rivales genera enfrentamientos a nivel social y dificulta la convivencia, al tiempo que erosiona la confianza en las instituciones. La llamada «polarización afectiva» se ha convertido en uno de los temas centrales de la investigación política contemporánea, como hace unos pocos años lo fue el populismo. Quienes venimos interesándonos por este fenómeno observamos cómo los sentimientos de pertenencia promueven procesos de razonamiento motivado y, por el camino, reducen la capacidad de análisis de los eventos políticos y dañan la rendición de cuentas. Al tiempo, las rivalidades identitarias de base política comienzan a infiltrarse en situaciones sociales y amenazan con instaurar patrones de segregación que, a la larga, reforzarán los sesgos de grupo.

A pesar de la extensa producción científica existente en torno a la «polarización afectiva», especialmente desde la primera victoria electoral de Donald Trump (2016), la literatura especializada se encuentra todavía en un momento incipiente, lo que genera evidencias contradictorias y cuestionamientos metodológicos. El segundo mandato de Trump (2024) inaugura un nuevo orden mundial y también evidencia que la polarización afectiva sigue sin tocar techo. La palabra ha trascendido las publicaciones académicas para convertirse en motivo habitual de reflexión entre la ciudadanía. En 2023, la Fundación del Español Urgente (Fundéu) certificó esta apreciación al elegirla palabra del año. En 2024, también Merriam-Webster decidió reconocerla con tal calificativo. El fenómeno es transnacional, afecta a demo-

cracias parlamentarias y presidencialistas, a sociedades con diferentes niveles de desarrollo y a culturas políticas que tradicionalmente se habían considerado antagónicas. Parece que la polarización ha generado un efecto de homogeneización de los climas políticos, parecido al que en su día generó la globalización sobre la cultura y los hábitos de vida.

Sabemos que la polarización preocupa a la sociedad y ocupa a los investigadores, pero todavía no estamos en condiciones de ofrecer soluciones creíbles. La despolarización sigue siendo hoy un término más propio de los entornos experimentales que una propuesta de intervención verosímil. Tal vez por esta cuestión es necesario seguir expandiendo el conocimiento científico sobre el fenómeno antes de poder avanzar en el desarrollo de acciones correctoras a gran escala. Queda mucho por debatir sobre la manera en la que nos aproximamos a la polarización afectiva, sobre su naturaleza, sobre sus orígenes y, especialmente, sobre sus consecuencias para la democracia. Este es el diagnóstico inicial que motiva la elaboración de este libro, cuyo embrión se gestó en un seminario de investigación celebrado en la Universidad de Murcia a finales del pasado año 2024, un encuentro que sirvió para dar por concluidos los trabajos del proyecto POLARIZA (21876/PI/22), financiado por la Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia-Fundación Séneca. Apenas unos días después de la segunda victoria de Donald Trump, investigadores de diferentes países y regiones de España nos reunimos para tratar de comprender mejor el cambio social al que estábamos asistiendo.

Este libro refleja nuevos debates en el estudio de la polarización afectiva, partiendo de un ejercicio de sistematización sobre lo que sabemos hasta ahora. El libro se organiza en tres secciones. La primera actúa como marco teórico y estado de la cuestión. Estos capítulos realizan una discusión en profundidad sobre las teorías y enfoques metodológicos utilizados en este campo, incorporando de forma innovadora la literatura de origen psicológico que, desde la ya clásica Teoría de la Inteligencia Afectiva, ha probado los efectos diferenciales de las emociones discretas (miedo, enfado, orgullo, tranquilidad y muchas otras) en el comportamiento y en las actitudes de los individuos. Los científicos sociales solemos hablar de afectos, pero en realidad tendemos a utilizar mediciones centradas en actitudes, sin saber cuál es el sustrato emocional básico que precede a esas manifestaciones. Resulta imprescindible conectar la literatura de polarización afectiva con el corpus que integran autores como George E. Marcus, Ted Brader o Nicholas A. Valentino. Asimismo, esta sección presenta una revisión sistemática centra-

da específicamente en el impacto de los medios de comunicación. El papel desempeñado por los medios en la consolidación de identidades y su impacto en las percepciones de la ciudadanía constituyen dos aspectos de discusión sobresalientes, especialmente en el actual entorno mediático fragmentado e híbrido, caracterizado por un claro aumento de la exposición selectiva y de los contenidos militantes o directamente *fake*. Una vez que el lector ha podido conocer los principales trabajos sobre este tema y las evidencias disponibles hasta el momento, se adentrará en una discusión sobre las metodologías empleadas para su medición. Primero se explica el concepto y qué se sabe de él (definiciones, teorías, estudios previos, evidencias). Y, después, se discute cómo podemos captarlo en la práctica. Más allá de las técnicas de auto-reporte a través de encuestas, se revisan distintas aproximaciones experimentales y otras estrategias basadas en medidas implícitas, expresiones de distanciamiento social o calificación de rasgos. A pesar del predominio de los termómetros de sentimientos como gran estrategia de medición, este capítulo nos permite pensar en otros acercamientos que pueden resultar igualmente pertinentes, y concretiza las conceptualizaciones teóricas previas en forma de herramientas directas. A continuación, se discuten los retos asociados a la operacionalización de la polarización afectiva individual en sistemas multipartidistas donde se tiende a cuestionar que el partido por el que alguien vota pueda ser identificado como el verdadero endogrupo. El debate metodológico se concretiza en un reto que es especialmente relevante para el caso español. Los autores proponen una nueva fórmula de medición (DIPA) que comparan con la que ha sido, hasta ahora, la más ampliamente utilizada para este propósito: la fórmula de dispersión de Wagner. En este capítulo se constatan las mejoras que introduce DIPA, permitiendo una medición más precisa y superando dos problemas cruciales: diferenciar el partidismo negativo de la polarización afectiva y captar correctamente el *hooliganismo* partidista, supuesto básico de la polarización y reflejo del paradigma del grupo mínimo. Esta sección finaliza con una propuesta para la medición de la polarización afectiva a partir de la actividad en redes sociales de un individuo, incorporando procesos de minería de datos asociados a técnicas de Procesamiento del Lenguaje Natural (PLN) que facilitan el análisis de sentimientos intergrupales con algoritmos de aprendizaje automático.

La segunda sección del libro está dedicada a estudios comparados y de caso. Al igual que estamos convencidos de la necesidad de renovación de las

metodologías y herramientas de medición, también es importante establecer diálogos entre diferentes contextos para comprender mejor las morfologías múltiples de la polarización afectiva. En el primer capítulo de esta sección, se debate cómo diferentes formas de medición pueden generar problemas en el análisis comparado y conclusiones contradictorias, sobre todo si se trata de determinar cuáles son los países más polarizados (lógica *ranking*) y no tanto la estructura interna que da forma a esa polarización. El autor propone el concepto de «pluralismo afectivamente polarizado», en línea con las clásicas aportaciones de Sartori, como la tipología de polarización más preocupante, en contraste con la estructura de división bipolar por bloques ideológicos. Utilizando una muestra de 171 elecciones en 48 países y datos del *Comparative Study of Electoral Systems* (CSES), demuestra que la fórmula de medición de Wagner, al privilegiar una visión basada en los bloques ideológicos, puede ocultar escenarios de mayor enfrentamiento en los que los rechazos cruzados suceden entre todos los partidos al margen de las líneas ideológicas. Estos resultados coinciden con los expuestos en el Capítulo 5 de la primera sección. Siguiendo con los ejercicios comparados, se pone en perspectiva el caso español, al contrastar los datos disponibles para nuestro país con otras evidencias de países europeos que permiten dimensionar con precisión nuestra realidad. Entre las principales conclusiones que obtienen los autores del Capítulo 8, una de especial valor es la que se refiere a la (no) tendencia lineal de crecimiento de la polarización y a la falsa sensación de que esta no existía en el pasado o era sustantivamente menor. Utilizando el dataset *West European Voter* y analizando la polarización afectiva hacia los líderes, logran interesantes hallazgos relacionados con la edad y el sexo, que son hoy dos fracturas sociales imprescindibles para comprender las actitudes políticas de los ciudadanos. El capítulo incide, una vez más, en la alta sensibilidad que las fórmulas de medición tienen respecto al tipo de polarización que se considere (morfologías de la polarización). Una polarización en forma de clústeres o bloques será mejor reflejada por Wagner, mientras que la multipolarización, o polarización de base partidista, responde mejor a la estrategia de medición propuesta inicialmente por Reiljan con su *Affective Polarization Index* (API). Esta sección incluye un tercer análisis que examina tres dimensiones de la polarización política en Argentina y España: la polarización ideológica, la polarización afectiva vertical (hacia partidos/coaliciones y líderes) y la polarización afectiva horizontal (entre votantes corrientes). Los autores resaltan la construcción de

antagonismos transnacionales entre ambos países (recordando los enfrentamientos Milei-Sánchez o las alianzas Milei-Abascal) y realizan una crítica de la lógica de comparación basada en el *ranking*. Utilizando diferentes fórmulas de medición demuestran que no es siempre fácil ni preciso indicar qué país está más polarizado que el otro, aunque sí encuentran una interesante tendencia: la operatividad creciente de las etiquetas ideológicas izquierda/derecha en Argentina, lo que toman como un rasgo más del proceso de homogeneización de contextos que impulsaría la polarización. En este capítulo, corroboran dinámicas asimétricas entre las coaliciones centripetas en Argentina y unas actitudes de mayor aceptación de la fuerza desafiante y radical La Libertad Avanza, que contrastan con las reacciones que suscita Vox en España. Ambas cuestiones explican bien por qué Milei pudo llegar a la Casa Rosada.

Para finalizar la segunda sección, se incluyen dos casos hasta ahora casi inexplorados en la literatura sobre polarización afectiva. El primero se inserta en la reflexión general sobre el papel de la derecha radical populista como núcleo de expansión de los antagonismos afectivos (bajo discursos divisivos tipo «nosotros» contra «ellos»). Los autores presentan un análisis del discurso del partido portugués *Chega!*, fundado en 2019 por André Ventura. La que durante años fue considerada como «la excepción ibérica» tocó a su fin casi al mismo tiempo, cuando tanto en España como en Portugal obtuvo representación una fuerza claramente nativista y populista. Utilizando más de 800 publicaciones de la cuenta de X de André Ventura, los autores muestran la dinámica inherentemente polarizadora que protagoniza todo el discurso de estos partidos, al tiempo que se generan enemigos (a partir de otredades étnicas) que son demonizados. La tensión exogrupo/endogrupo supera los análisis de base partidista que han protagonizado el resto del libro y nos recuerda la batalla que la derecha radical mantiene en toda Europa con la comunidad islámica y el llamado *establishment* político. Tras este capítulo, podremos leer un estudio específico sobre la Región de Murcia, recordando que los análisis comparados o de caso a veces olvidan las especificidades subnacionales y asumen que la realidad agregada a nivel de país se reproduce por igual en todas las zonas que lo componen. El capítulo corrobora el incremento de la polarización individual del electorado durante la campaña y, asimismo, la menor tasa de despolarización postelectoral entre los votantes de los partidos perdedores de la contienda. Recogiendo la propuesta realizada por la profesora Nieves Lagares en el Capítulo 2, el artículo mide también las emociones (orgullo, entusiasmo, tranquilidad, enfado y

miedo) que provocaron los discursos de los diferentes líderes y constata la polarización emocional existente en torno a los candidatos de Podemos y Vox en esta comunidad. La alteración de la oferta partidista, con la aparición de formaciones en los extremos, ha alimentado una espiral de rechazo cruzado que debe considerarse, sin duda, una de las grandes explicaciones de la polarización afectiva.

La tercera y última sección del libro se dedica a las consecuencias de la polarización afectiva para el funcionamiento de la democracia y de las instituciones políticas en general. El primer capítulo de la sección nos permite reconsiderar la rentabilidad electoral de la polarización afectiva, que podría ser un argumento favorable a su uso estratégico por parte de las élites. Cuando se habla sobre el papel de las élites como promotoras de este fenómeno, a menudo se afirma que los estrategas de campaña potencian el rechazo a los rivales para incrementar la movilización electoral, incrementar los apoyos y reducir los procesos de conversión-fuga. La polarización afectiva tendría, así, un fuerte incentivo en términos electorales para las élites. Sin embargo, este capítulo invita de forma inédita a matizar esta idea, pues tal vez los efectos de la polarización afectiva ya estén amortizados cuando comienza la campaña electoral y, entonces, las elecciones quedan en manos de ciudadanos menos apasionados a los que no es posible convencer con meras apelaciones identitarias. Este capítulo distingue el concepto de movilización del de participación y evidencia de forma convincente que las campañas impactan poco en los ciudadanos más polarizados. Ahora bien, con estos datos también se constata que una extensión del número total de electores polarizados reducirá el margen de volatilidad individual y promoverá la lealtad partidista, ofreciendo menos sobresaltos a los partidos y reduciendo el propio coste de intentar convencer a los electores. La polarización afectiva hace que los electores sean más inmunes a los ejercicios de persuasión de los rivales.

Los dos siguientes capítulos de la sección abordan las consecuencias de la polarización afectiva en términos democráticos, con reflexiones íntimamente ligadas sobre actitudes pluralistas, separación de poderes, apoyo a liderazgos autoritarios o confianza en los procesos electorales y aceptación de sus resultados («consentimiento»). Estos capítulos reflexionan sobre la emergencia de discursos intolerantes que cuestionan o politizan aspectos centrales de la democracia liberal. La expansión de actitudes iliberales como consecuencia de un clima de mayor polarización afectiva podría traer cuenta de una tendencia a primar el beneficio del endogrupo por encima del

respeto a las reglas en cualquier circunstancia. Por eso, se hace preciso considerar la dinámica ganador/perdedor en este tipo de estudios, ya que los valores sostenidos pueden estar fuertemente mediados por la posición que ocupa cada grupo (dentro o fuera del poder). Esto conecta con el concepto de hipocresía democrática que varios autores tratan a lo largo del libro: nuestra adhesión a las reglas se ve mediada por un cálculo egoísta que provoca posiciones cambiantes según el beneficio contextual. La deslegitimación y la demonización del adversario ejemplifican las tendencias de moralización y «cancelación» que amenazan nuestro modelo de sociedad abierta. En particular, los resultados obtenidos respecto al principio de separación de poderes nos advierten de la erosión de la confianza en la Justicia. En todo el mundo, la actuación del Poder Judicial despierta controversias y alimenta concepciones cercanas a la democracia plebiscitaria. El cuestionamiento de los contrapesos sistémicos es un rasgo distintivo del iliberalismo. Cuando las normas y las instituciones de control se politizan, los electores evaluarán sus efectos desde los parámetros del razonamiento motivado partidista. En esta tercera sección, se incluye también un trabajo en el que se aborda la polarización de la confianza política y sus efectos sobre la gobernabilidad. El autor sostiene que la confianza política actúa como un atajo cognitivo que simplifica la toma de decisiones y acrecienta la polarización ideológica. En este sentido, las personas tienden a respaldar más fácilmente las iniciativas del gobierno si perciben que sus acciones son legítimas y confiables y, en la actualidad, esa percepción se encuentra fuertemente sesgada por las identidades partidistas. Cuando crece el escepticismo hacia las medidas oficiales simplemente porque quien las adopta pertenece al grupo rival, también es más difícil lograr escenarios de cooperación interpartidista imprescindibles para la estabilidad institucional.

En resumen, este volumen convoca a investigadores de diferentes instituciones nacionales e internacionales que, partiendo de metodologías, técnicas y enfoques plurales, contribuyen a aumentar el conocimiento existente sobre las causas de la polarización afectiva y sus consecuencias para los sistemas democráticos. El libro reúne a los principales equipos que vienen trabajando sobre la dimensión afectiva de la competición política en España y utiliza datos de las bases de referencia sobre este fenómeno a nivel internacional (CNEP, CSES, CEMOP, ANES, ESS). Al grupo de investigadores españoles se suman voces europeas, norteamericanas y latinoamericanas que vienen a aportar una imprescindible mirada comparada. Un reto de este

nivel requiere innovación, apertura epistemológica y un diálogo entre diferentes casos, para evitar que las explicaciones y soluciones sean tan solo un espejismo contextual. Finalizamos esta introducción agradeciendo al Centro de Estudios Políticos y Constitucionales su apoyo en el proceso de edición y la aceptación de esta propuesta para formar parte de una colección de indiscutible referencia.

SECCIÓN PRIMERA
BASES TEÓRICAS Y METODOLÓGICAS
PARA LA INVESTIGACIÓN
SOBRE POLARIZACIÓN AFECTIVA

Capítulo 1

ENFOQUES TEÓRICOS PARA EL ESTUDIO DE LA POLARIZACIÓN AFECTIVA¹

JOSÉ MIGUEL ROJO MARTÍNEZ
Profesor de Ciencia Política, Universidad de Murcia

El término «polarización» ha ocupado un lugar central en la investigación sociopolítica contemporánea. La quiebra de diversas democracias a lo largo del siglo xx se vinculó a la polarización ideológica del sistema de partidos, con el surgimiento de fuerzas antisistema relevantes (Bermeo, 2003). Como parte del giro afectivo que invita a comprender la realidad social atendiendo a su componente emocional, en los últimos años se ha observado un crecimiento de la desconfianza y del desagrado entre los votantes de los diferentes partidos, con relativa independencia respecto al nivel de desacuerdo real sobre las políticas públicas que mantengan (Druckman y Levendusky, 2019; Reiljan, 2020). Este fenómeno, conocido como «polarización afectiva» y motivado por un aumento notable de la antipatía hacia el partido rival (Iyengar *et al.*, 2012), se despliega en la esfera social y convierte a la política en un novedoso factor de segregación, discriminación y hostilidad entre personas corrientes. Lo que Miller (2023) llama la «polarización cotidiana» y que otros autores definen como «polarización afectiva horizontal» (Areal y Hartevelt, 2024) nos ha hecho preguntarnos hasta qué punto los conflictos entre los partidos están intoxicando a la sociedad. Ruptura de parejas, amistades o familias por motivos políticos, dificultad para mantener una conversación sobre un tema de actualidad sin que derive en una amarga discusión, inferencia apresurada sobre la personalidad de un individuo a partir de sus preferencias políticas o una expresión desmedida

¹ Este capítulo se ha desarrollado en el marco del proyecto 21876/PI/22, financiado por la Agencia de Ciencia y Tecnología de la Región de Murcia-Fundación Séneca. De igual forma, el autor agradece la financiación recibida para su Contrato Predoctoral FPU (FPU20/01033) por parte del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades, Programa Estatal de Promoción del Talento y su Empleabilidad en I+D+i.

de favoritismo endogrupal a la hora de tomar decisiones. Nuestras identidades partidistas o ideológicas parecen haberse convertido en la gran fractura que ordena y clasifica las interacciones entre ciudadanos. La nueva gran tribu. Todo aspecto de la vida social, por nimio que sea, debe poder subsumirse en las categorías del conflicto identitario político. Desde tu estilo de vida hasta tus decisiones de consumo (Panagopoulos *et al.*, 2020). Todo pasa a ser una señal de identidad política y debe mantenerse una actitud militante permanente.

A lo largo del presente capítulo, abordaré las principales causas y consecuencias de este fenómeno. Qué sabemos sobre la polarización afectiva tras más de una década de estudios en este campo. Hasta qué punto nuestros sesgos de grupo nos están convirtiendo en seres dominados por el razonamiento motivado, capaces de sobreponer nuestra identidad política a cualquier evidencia objetiva. Como demostraron Iyengar y Westwood (2015) a través de un experimento de selección de currículums de estudiantes para otorgar una beca, cuando el currículum incluía la identidad partidista, los participantes elegían en el 80% de las ocasiones a sus compañeros de grupo. Recientemente, en España, hemos constatado la existencia de sesgos de favoritismo endogrupal de origen partidista en los procesos de elección de pareja (Rojo-Martínez, 2025). ¿Por qué esto debe preocuparnos? Si se extiende este sesgo partidista a todo tipo de disyuntivas, tomaremos decisiones más ineficientes, la cohesión social se dañará y los países terminarán por ser menos capaces de cooperar y de pensar críticamente para encontrar soluciones idóneas a sus problemas colectivos.

Las causas

El artículo seminal de Iyengar *et al.* (2012) se esforzó por distinguir conceptualmente la polarización afectiva de la polarización ideológica con un argumento claro: los votantes aumentaban su rechazo hacia los miembros del grupo rival sin que necesariamente sus preferencias en torno a diferentes políticas públicas se hicieran más extremas. Esta constatación ha generado un intenso debate tendente a cuantificar el impacto real de la divergencia ideológica percibida (basada en temas o en las grandes etiquetas izquierda/derecha) y del extremismo ideológico individual en la hostilidad afectiva (Comellas y Torcal, 2023). Cuando percibimos que las élites del

partido rival sostienen posiciones muy enfrentadas a las nuestras, respondemos acentuando nuestro rechazo hacia ese grupo al sentir que su llegada al poder tendría consecuencias determinantes para nuestros propios intereses o formas de vida, y este mecanismo es especialmente intenso para aquellos individuos que tienen a su vez posiciones ideológicas más extremas (Rogowski y Sutherland, 2016). Un incremento de las divisiones respecto a las políticas que protagonizan la competición partidista tiene consecuencias afectivas (*policy preferences matter*), especialmente cuando se tratan asuntos propios de la batalla cultural (nación, religión, inmigración, feminismo, multiculturalismo, derechos LGTBI), que son los que más pueden dañar identidades decisivas para el autoconcepto (Gidron *et al.*, 2023). Estos temas son capaces de despertar sentimientos de amenaza y agravio al estar dominados por concepciones morales que afectan a pensamientos íntimamente arraigados. Desde esta perspectiva, el incremento de las diferencias de afecto endogrupo/exogrupo no es fruto solamente de sesgos provocados por la identidad, hay razones reales que se vinculan con la distancia ideológica (incompatibilidad de intereses) para alejarnos de los rivales (Webster y Abramowitz, 2017; Algara y Zur, 2023). Con todo, que las élites se polaricen o exacerben sus contrastes temáticos para aumentar la diferenciación de la oferta partidista no significa que entre el electorado las opiniones estén necesariamente tan polarizadas. Puede que tendamos a sobrestimar el nivel de correspondencia entre las opiniones mostradas por las élites y las preferencias reales de sus bases, situando el origen de la polarización en el lado de la demanda. Si asumimos que el punto de interés de la polarización afectiva es su dimensión horizontal/social, es decir, el surgimiento de hostilidades interpersonales por razones políticas, entonces cobra sentido la posibilidad de constatar tendencias de distanciamiento afectivo entre votantes corrientes sin que necesariamente sus preferencias temáticas estén dramáticamente distanciadas. Retomaremos este argumento más adelante.

Al margen del impacto del conflicto ideológico sostenido por las élites y de la presencia de la batalla cultural como elementos que tensionan afectivamente a los electorados, los estudios de polarización afectiva han adoptado el marco de la Teoría de la Identidad Social (Tajfel, 1981) para explicar el proceso de maximización de los sesgos intergrupales (favoritismo endogrupal y rechazo exogrupal). Si acudimos a los fundamentos teóricos de este enfoque, cabe sostener que los ejercicios de categorización+identificación que se producen en la arena social (quiénes son los míos/quiénes los otros)

son condición suficiente para que tendamos a generar prejuicios y opiniones negativas sobre los exogrupos, a los que discriminaremos por la mera razón de no sentirnos parte de una misma categoría que ordena-clasifica la realidad, y a preferir a los «nuestros» en cualquier circunstancia. Este ejercicio de favoritismo endogrupal puede suceder en ausencia de un conflicto real de intereses entre los grupos, tal y como señala el paradigma del grupo mínimo (MGP). La introducción de experimentos propios de la economía del comportamiento ha evidenciado la propensión a favorecer al endogrupo partidista, incluso por encima de otras identidades sociales relevantes (Iyengar y Westwood, 2015). Pese a estos hallazgos, en la literatura sobre polarización afectiva existe un debate central en torno a qué fuerzas pesan más en la explicación de las dinámicas intergrupales: los sesgos de favoritismo endogrupal o los de rechazo exogrupal. Mientras algunos trabajos sostienen que el apego positivo hacia el partido propio es el motor principal de las evaluaciones y actitudes, es decir, que la polarización se explica más por el «amor» endogrupal (motor positivo), otros subrayan que lo decisivo es la hostilidad hacia los adversarios, de modo que la animadversión se convierte en la razón fundamental de la brecha observada (Torcal, 2023). Estos sesgos podrían ser más prevalentes dependiendo del contexto (social o político) en el que se esté produciendo la expresión de actitudes o la elección, por lo que los mecanismos distan de ser generalizables a todos los escenarios (Rudolph y Hetherington, 2021).

Sostener que los procesos de categorización, identificación y comparación entre grupos pueden provocar conflictos afectivos no es algo novedoso. Muchas sociedades han vivido profundos enfrentamientos entre identidades sociales, que en algunos casos han terminado en episodios de violencia. Las disputas en Irlanda del Norte o el terrorismo nacionalista en el País Vasco constituyen ejemplos de rivalidades identitarias elevadas a su máxima expresión. En estos casos, la base del conflicto no era expresamente política, aunque las identidades sociales —al constituir clivajes— se expresaban en la arena partidista mediante la creación de formaciones alineadas con cada bando del conflicto prepolítico. Sin embargo, el elemento novedoso que se observa en los primeros estudios de polarización afectiva es que el partidismo ya no es el mero reflejo de otras identidades sociales, de otros conflictos precedentes, sino que se había convertido en una mega-identidad social autónoma que lograba ordenar todas las demás disputas entre grupos (Mason, 2016; Lelkes, 2021; Ruckelshaus, 2022). Los términos *partisan sorting* (clasificación partidista) y *social sorting* (clasificación social) señalan cómo se

ha ido produciendo una pérdida progresiva de transversalidad (heterogeneidad) identitaria al interior de los partidos (Mason, 2015; 2016). Por un lado, en el contexto norteamericano, se observó que cada vez era menos frecuente encontrar identidades ideológicas múltiples entre demócratas y republicanos (*partisan sorting*). Comenzaba a ser inusual encontrar individuos autoidentificados como demócratas y que se sintieran a la vez conservadores o individuos republicanos que sostuvieran ideas liberales. En los países europeos, la alineación entre partidismo e ideología no es algo extraordinario o reciente, pues la ideología ha jugado aquí un papel fundamental en los procesos de formación de los sistemas de partidos. No obstante, sí se ha podido producir cierta intensificación del perfil ideológico de los partidos *mainstream*, que antes podían atraer a un rango ideológico de electores más amplio. En todo caso, en ambos contextos, se ha extendido la clasificación social, promoviendo la homogeneidad sociodemográfica entre las bases de los partidos.

La segregación residencial y las amplias diferencias de voto entre zonas geográficas o el incremento de la brecha de género entre partidos son solo algunos ejemplos que acreditan esta realidad. La reducción de los niveles de diversidad interna en los partidos acrecienta la sensación de contraste y distanciamiento. Cuando no se tiene nada en común, el *otro* deja de ser adversario para convertirse en enemigo. Tal y como expone Lewis Coser (1998 [1956]: 78-79): «las afiliaciones múltiples de grupo conducen a la multiplicidad de conflictos entremezclados en la sociedad. Tal participación fraccionaria puede dar por resultado, entonces, cierta clase de mecanismo equilibrador». Si los miembros de un grupo partidista no comparten ningún tipo de interés o de identidad con el grupo rival, es más fácil que sientan hacia ese grupo una total animadversión y que sea difícil encontrar espacios de compromiso entre ambos. En el caso de que haya puntos de encuentro por identidades compartidas más allá de las líneas partidistas, la sensación de rechazo y de amenaza se atemperará, especialmente en coyunturas que promuevan la activación de esas identidades compartidas superadoras de la división partidista y reorganicen temporalmente las categorías en conflicto. Otro resultado derivado de la clasificación social es que, en este momento, la identidad partidista aporta por sí sola un gran nivel de información sobre una persona, que va mucho más allá de sus preferencias políticas, y también resulta más fácil categorizar a una persona políticamente solo conociendo algunos de sus gustos personales, de ámbito privado, o su afiliación a un determinado grupo

social. Cuando el partidismo es el paraguas que lo engloba todo y se vuelve eficiente para resolver retos cognitivos de clasificación del entorno, es esperable que el uso de esta categoría a la hora de relacionarse socialmente resulte prevalente. Esto fomenta el pensamiento estereotípico, unas lealtades inamovibles² y que múltiples asuntos sociales, como los gustos o las aficiones terminen por entenderse siempre en términos partidistas. Parece, pues, que la polarización afectiva promueve la segregación social, dificulta los matices y las sanas contradicciones en un nuevo contexto dominado por la alineación entre identidades políticas, identidades sociales e identidad personal. Todos los aspectos de la vida se vuelven susceptibles de ser entendidos en el marco de la batalla partidista. Los partidos se convierten en tribus sociales que se sienten completamente ajenas y hostiles, sin espacio para el diálogo.

Considerando estas evidencias podríamos sostener que la polarización afectiva es fruto de un proceso de fortalecimiento de las fronteras grupales. La tendencia humana a preferir a los que consideramos que son «los nuestros» está ampliamente acreditada. Si al observar a los grupos partidistas en realidad no solo vemos a «los nuestros» en términos políticos, sino también en términos sociales, los sesgos se duplican y acabamos por convencernos de que la identidad partidista define la forma de ser de las personas. Desde este punto de vista, parece un fenómeno desprovisto de un análisis racional³. Cuando los científicos sociales tratan de explicar las actitudes racistas de las personas, a menudo enfatizan las raíces psicológicas que justifican una desconfianza infundada y la atribución de comportamientos o formas de ser

² Como ya demostraron Ahler y Sood (2018), las percepciones erróneas sobre el partido rival, que se nutren de ejercicios de simplificación y heurísticos de representatividad (estereotipación), están asociadas con la lealtad al partido propio y las sensaciones de distanciamiento. Esto me permite sostener que el pensamiento estereotípico impacta en las actitudes afectivas y puede tener una finalidad estratégica.

³ Aunque desde esta perspectiva podríamos calificar las actitudes afectivamente polarizadas como un comportamiento irracional (porque nublan el juicio y nos hacen seres tribales), lo cierto es que también es posible comprender la polarización desde un enfoque racional, bien como una expresión real de intereses incompatibles (materiales/vitales), bien como un comportamiento adaptativo de preservación que reduce el esfuerzo cognitivo y permite procesar el entorno de manera más eficiente e intuitiva. En línea con Kahan (2017), la polarización afectiva podría estar precedida por mecanismos de cognición protectora de la identidad que reafirman las creencias predominantes al interior del grupo. Por esta razón, los individuos pueden aceptar contenidos *fake* y rechazar sus desmentidos si estos vienen a reforzar sus sentidos de pertenencia. En este caso, los prejuicios, las percepciones erróneas o los estereotipos partidistas actuarían como concepciones equivocadas promotoras del sesgo intergrupar que, sin embargo, se aceptan para preservar la estabilidad identitaria.

negativas hacia quienes nos resultan extraños, personas que por su mera pertenencia a una comunidad diferente a la nuestra se convierten en un potencial peligro. Al mismo tiempo, también hay una línea importante de investigación sobre racismo que apunta a la competición por recursos entre grupos desfavorecidos, un origen que sí incorporaría un cierto sustrato material-racional, aunque el análisis apunte en la dirección equivocada. En el caso del conflicto partidista, sucedería algo similar. Realizamos generalizaciones, nos dejamos llevar por las emociones, simplificamos la realidad e incluso deshumanizamos al oponente por el mero hecho de pertenecer a un exogrupo. Eso sí, no es menos cierto que la victoria de un partido puede afectar objetivamente a los intereses de ciertos votantes, aunque a veces tendamos a magnificar el alcance práctico de este suceso. En contextos de polarización, la victoria del rival se convierte en un hecho moralmente inaceptable y su propia existencia resulta problemática, lo que genera, por ejemplo, propuestas (a conveniencia) de ilegalización de partidos políticos. Los electores polarizados afectivamente creen que las intenciones del rival son intrínsecamente perversas, que son sujetos manipulados e intelectualmente inferiores (relaciones de superioridad moral) y que solo su grupo tiene buenas intenciones (Blatz, 2024).

La noción de que no tenemos nada en común con los exogrupos, que pensamos de una forma extremadamente diferente o que su llegada al poder nos afectará sobremanera es, por lo general, exagerada e imprecisa. Las percepciones erróneas (*misperceptions*) sobre nuestros rivales alimentan un clima de falsa polarización y deben ser atendidas como un motor destacado de la hostilidad interpartidista (Fernbach y Van Boven, 2022). Las percepciones erróneas sobre los rivales sobrestiman el nivel real de desacuerdo en temas sensibles para ambas partes al creer que el perfil más extremo del exogrupo representa la forma de pensar de la mayoría de miembros de ese grupo (Crespo-Martínez *et al.*, 2024c). En otras ocasiones, estas falsas impresiones van más allá de los posicionamientos temáticos y nos hacen sobrerrepresentar a determinados perfiles dentro de los partidos, estimando una composición social de los mismos distanciada de la realidad (Ahler y Sood, 2018). La sensación de lejanía, clasificación social e incompatibilidad a la que nos habíamos referido con anterioridad tiene cierto carácter artificial y está alimentada por nuestra propia pertenencia a un grupo (sesgos de percepción vinculados a la identidad social). Este es un punto relevante ya que permite conectar la Teoría de la Identidad Social con las evidencias sobre percepciones erróneas. Cuando

juzgamos al grupo externo pensamos que todos sus miembros son iguales, los equiparamos al referente estereotípico de ese grupo que se ha instalado en nuestra mente. Esto, además, nos permite confirmar nuestras creencias previas, mientras que aceptar que las personas de ese grupo no responden de forma precisa al estereotipo pondría en duda el propio estatus de nuestro grupo y nos generaría una situación de disonancia. Las percepciones desviadas y la polarización de los juicios de percepción son mecanismos orientados a favorecer al endogrupo, a encontrar razones que justifiquen nuestra animadversión hacia el exogrupo y a mantener estable nuestro esquema de representación del mundo (Rojo-Martínez *et al.*, 2023b).

Agudizamos las diferencias con los oponentes para afianzar nuestra propia identidad (a mayor contraste, más fácil será la adscripción). Nos introducimos en una especie de círculo vicioso: percibimos más polarización de la real en el sistema político y esto nos hace sentirnos más amenazados por nuestros rivales, lo que a su vez nos lleva a responder de forma polarizada. Nos polarizamos porque creemos que los demás lo están (Levendusky y Malhotra, 2013). Una historia de gigantes y molinos. La retórica hiperbólica y divisiva de las élites y la propia cobertura mediática favorecen estas percepciones desviadas.

Identidad e ideología representan, en suma, los dos grandes mecanismos explicativos de la polarización afectiva. Aunque se han presentado como paradigmas enfrentados, ambas explicaciones están profundamente imbricadas. La ideología no solo se refiere a nuestras posiciones sobre temas concretos. Cuando hablamos de grandes cosmovisiones (izquierda/derecha), la ideología adquiere también un componente identitario y actúa como referente grupal (Comellas y Torcal, 2023). En los sistemas parlamentarios multipartidistas sobresalen las identidades ideológicas en forma de bloque porque son comunes las coaliciones entre partidos que comparten ciertos valores. Se facilita una dinámica dicotómica entre los partidos que cooperan y los que se oponen a ese bloque, fortaleciendo la categoría «ideología» como marcador grupal. Esto hace que ser de izquierdas o ser de derechas sea, ante todo, una expresión de pertenencia, con los sesgos que ello implica. A su vez, la importancia de los temas (*issue salience*) para la producción de respuestas afectivas dirige a los enfoques identitarios. Los temas pueden actuar como una señal de identidad y, en contextos polarizados, suelen estar fuertemente clasificados a través de las fronteras partidistas. Los temas no solo influyen por su contenido, se vuelven símbolos grupales y,

por tanto, el apoyo o el rechazo a un tema produce una reafirmación de la identidad del elector (Dias y Lelkes, 2022). Tanto es así que, en muchas ocasiones, los ciudadanos necesitan orientación grupal para fijar sus posiciones respecto a diferentes temas. La formación de las preferencias sobre políticas públicas no es ajena ni previa a la identidad del sujeto (Druckman *et al.*, 2013). En definitiva, el enfrentamiento teórico entre ideología e identidad es irrelevante. Primero, la ideología constituye en sí otra forma de identidad social y las posiciones sobre políticas públicas redirigen a los elementos constituyentes de los grupos (núcleos distintivos). Al mismo tiempo, el distanciamiento ideológico aumenta las respuestas emocionales porque hace más patente la competición entre identidades y afianza el contraste entre categorías. Los desacuerdos ideológicos influyen en la polarización por cuanto activan identidades y la formación de identidades implica una serie de articulaciones ideológicas. Hablar de aborto es, en el fondo, hablar de identidad religiosa o feminista. Hablar de políticas de bienestar tiene un componente emocional ligado a la identidad de clase. Todos los temas políticos tienen una parte afectiva y simbólica orientada al refuerzo de las identidades sociales. Se debaten y utilizan porque movilizan sentimientos de pertenencia e interpelan a diferentes grupos. El enfrentamiento entre ideología e identidad equivale a una falsa dicotomía, como la que durante años se ha planteado en torno a emoción y razón. Las identidades políticas se superponen y pueden organizarse jerárquicamente atendiendo a condicionantes contextuales que activen con mayor prioridad una u otra categoría (Crespo-Martínez *et al.*, 2024b).

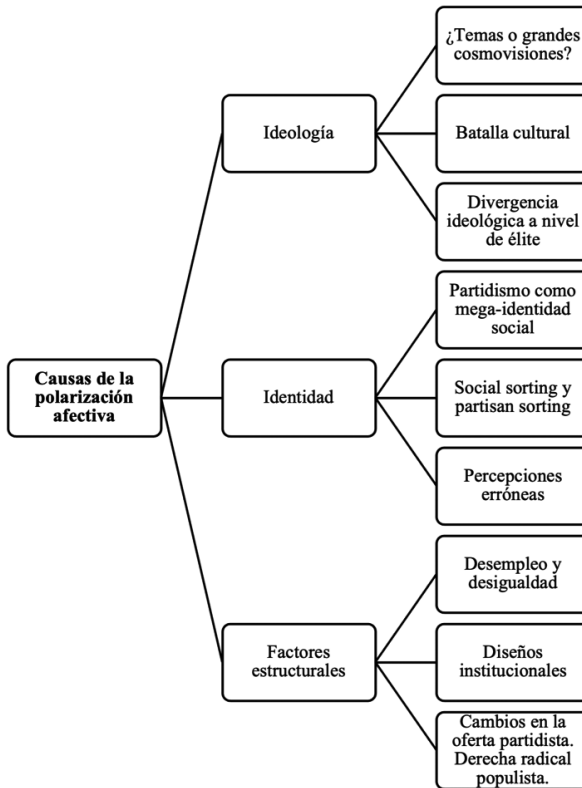
Más allá de las explicaciones basadas en la ideología o en la identidad, otros trabajos han remarcado la existencia de condiciones socioeconómicas y diseños institucionales que pueden promover la animadversión interpartidista. La desigualdad económica y unas cifras elevadas de desempleo se han señalado como factores estructurales que explican la aparición de partidos radicales populistas y un descenso en los niveles de confianza política (Gidron *et al.*, 2020). De esta forma, los contextos económicos adversos, como el generado por la crisis financiera del año 2008, alterarían la oferta partidista, dando entrada a fuerzas o líderes que apuestan por una retórica adversativa para capitalizar el descontento de una parte de la población, instaurando estilos de comunicación más hostiles y duros discursos en contra del *establishment*. Al mismo tiempo, se ha debatido si los sistemas electorales mayoritarios, al promover una lógica de «suma-cero» y una visión dicotó-

mica de la competición, son más proclives a despertar conflictos emocionales intergrupales (McCoy y Somer, 2019). A pesar de que esta hipótesis parece razonable, los datos comparativos han encontrado niveles de polarización afectiva singularmente altos en democracias parlamentarias multipartidistas con sistemas electorales proporcionales, en algunos casos por encima de sistemas mayoritarios tanto parlamentarios como presidencialistas (Reiljan, 2020). Cosa bien distinta es que los objetos prioritarios de adhesión/rechazo sean diferentes en unos contextos y otros, demostrando, por ejemplo, mayor capacidad de despertar polarización los líderes en las democracias presidencialistas que en los sistemas parlamentarios. Con todo, las democracias multipartidistas más proporcionales y pluralistas no son ajenas a la ordenación dicotómica de la competición, a través de bloques ideológicos o de otras fallas que resumen una oferta partidista compleja. Liderazgos o partidos radicales y desafiantes han aparecido por igual en diferentes tipos de sistemas políticos, por lo que este elemento no parece del todo determinante de cara al establecimiento de barreras o incentivos para el cambio de los sistemas de partidos hacia estructuras polarizadas.

Si hemos hablado de los sistemas electorales y de gobierno como un diseño institucional que potencialmente puede impactar en nuestro objeto de estudio, este epígrafe debe concluir con una referencia expresa a las consecuencias afectivas de los cambios en la oferta partidista (Garmendia Madariaga y Riera, 2023). El auge de la derecha radical populista resulta decisivo para entender la exacerbación de ciertas actitudes afectivas (Harteveld *et al.*, 2022). Tal y como lo expone Torcal (2023: 141-142), la irrupción de Vox en España provocó unos lazos endogrupales más fuertes (frente a una posición de desafección o desilusión dominante en este tipo de votantes de forma previa), un «efecto rebote» entre el electorado de izquierdas (que refuerza su adhesión a estos partidos como respuesta a la amenaza percibida) y un incremento del partidismo negativo como forma de oposición tajante a estos postulados rupturistas. Los partidos de derecha radical logran despertar filias y fobias de una forma singular. Son estímulos polarizantes que centrifugan las actitudes de los electores. Se convierten en epicentro del debate político y desencadenan estrategias frentistas en su contra (levantar muros, cordones sanitarios, frentes republicanos). Asimismo, convierten la batalla cultural y el cuestionamiento de grandes consensos sociales en sus principales apuestas estratégicas. Y no se trata de fuerzas testimoniales, sino que tienen capacidad real de entrar en los gobiernos y de condicionar la

agenda legislativa. Si nos preguntamos por qué el auge de la derecha radical ha creado una espiral de polarización no comparable con la alentada por la izquierda radical a partir del 2010, parece conveniente fijarnos en el trasfondo de inclusión o exclusión que plantean los discursos de ambas familias de partidos. La derecha radical moviliza un sentimiento de amenaza más intenso porque su lógica nativista, autoritaria, populista y de reacción cultural (Norris e Inglehart, 2019) implica necesariamente un antagonismo identitario diferente al que plantea un discurso más centrado en las estructuras económicas o en la desigualdad entre grupos sociales.

FIGURA 1. ESQUEMA RESUMEN DE LAS CAUSAS DE LA POLARIZACIÓN AFECTIVA



Fuente: elaboración propia.

Los factores amplificadores

Las identidades y las creencias de los individuos constituyen el punto de partida de sus actitudes políticas, también de sus afectos. Sin embargo, hay una serie de elementos de naturaleza comunicativa que pueden reforzar esas identidades e intensificar sus efectos. Uno de estos grandes factores amplificadores es el ecosistema mediático. En los últimos años, la oferta mediática se ha diversificado y han nacido nuevos canales o periódicos con un fuerte discurso militante y que a veces actúan como agentes de desinformación a gran escala (Garrett *et al.*, 2019). En España, el crecimiento de nuevas licencias de emisión asociadas a la Televisión Digital Terrestre (TDT) permitió la creación de canales no generalistas dedicados prioritariamente a la actualidad política, algo que en Estados Unidos había sucedido años atrás con la televisión por cable. El incremento de la competencia ha hecho que muchos medios no sostengan líneas editoriales moderadas que puedan atraer a públicos diversos, sino que traten de fidelizar al público mediante contenidos más polémicos, capaces de satisfacer las demandas de refuerzo identitario. Como resultado de este nuevo panorama, los procesos de exposición selectiva se han reforzado (Tsfati y Nir, 2017). Ahora es más fácil encontrar un medio que nos provea evidencias totalmente favorables a nuestro grupo. La reducción de la neutralidad mediática, el desarrollo del infoentretenimiento (dentro de un paradigma de espectacularización de la política) y el tono elevado que emplean los tertulianos para generar contenido llamativo extienden un clima de tensión que contribuye a la percepción generalizada de polarización.

Bajo la idea del «refuerzo en espiral», las identidades de los ciudadanos influyen en sus decisiones de consumo mediático y ese consumo mediático selectivo y prolongado termina por maximizar sus sentimientos de partida hacia los diferentes grupos políticos (Crespo-Martínez *et al.*, 2024a). En el caso de los periódicos digitales, esta tendencia es todavía más evidente. La proliferación de cabeceras abiertamente vinculadas a grupos políticos se ha normalizado en nuestro país. En este nuevo entorno se produce una notable paradoja: tenemos más medios a nuestro alcance, pero nuestra dieta no es más diversa, sino todo lo contrario. La diversidad de la dieta y el efecto despolarizador que puede describir la exposición a puntos de vista contractitudinales o menos militantes también ha ocupado un lugar recurrente en la literatura sobre los efectos de los medios en

la polarización afectiva (Padró-Solanet y Balcells, 2022). Aunque no conviene ser demasiado optimista en este punto, por las conocidas resistencias que el ser humano presenta ante escenarios de disonancia cognitiva. Para Klein (2021: 200), «leer al otro bando no cambia nuestras mentes, profundiza nuestras certezas».

La fragmentación de la oferta mediática no se entiende sin la aparición de Internet. La digitalización de la esfera pública ha creado nuevos espacios de debate y acceso a la actualidad, las redes sociales. Casi desde su creación, plataformas como Facebook o Twitter (ahora X) han sido usadas como poderosas herramientas de comunicación política, injerencia y generación de climas de opinión (con técnicas como el *astroturfing*) y han dado voz a «informadores» alternativos que tienen un alta capacidad de prescripción, aunque contribuyan a la manipulación emocional de la opinión pública. También por ello se generó una temprana preocupación por el incremento de la intransigencia política que provocan estos entornos, donde las discusiones airadas, los bloqueos, los insultos y los ataques son comunes. Los primeros estudios sobre redes sociales y polarización advertían de un efecto de «cámara de eco», según el cual en estas aplicaciones se formaban comunidades homofílicas (promovidas por sesgos algorítmicos y por la propia idea de espacio de conexión entre amigos con la que nacieron) que reforzaban las creencias preexistentes (Sunstein, 2007). El aislamiento cognitivo maximiza los prejuicios hacia el exogrupo, al tiempo que fortalece las predisposiciones positivas hacia el grupo propio. Desde este punto de vista, un uso intensivo de las redes sociales podría acrecentar los niveles polarización afectiva. Ahora bien, en los últimos años, esta dirección de causalidad se ha puesto en duda, por cuanto parece que solo los individuos que ya estaban fuertemente polarizados son los que se implican de una forma más intensa en este tipo de ecosistemas digitales, matizando su potencial efecto (Nordbrandt, 2023). Asimismo, parece que la forma en la que las redes sociales nos ofrecen contenido ya no se ajusta de forma tan evidente al paradigma de la «cámara de eco». Sin que hayan desaparecido los sistemas de personalización, también ha crecido el consumo incidental de contenido del exogrupo, lo que promueve reacciones emocionales adversas (Zhu *et al.*, 2024). Las redes, entonces, podrían fomentar una conversación digital polarizada, pero que afecta (solo o principalmente) a sujetos con actitudes de partida ya intensas, y esa conversación polarizada no deviene tan claramente de la homofilia relacional, sino de la promoción del combate entre grupos que —fuera de la red—

raramente habrían entrado en contacto⁴ (Bail *et al.*, 2018). En todo caso, las evidencias causales sobre el impacto de las redes sociales en la polarización afectiva son contradictorias e inciden en un efecto relativamente marginal sobre el conjunto de la población. Primero, porque el porcentaje de electores que está en redes sociales para consumir o hablar de política es reducido. Y, segundo, porque quienes sí usan las redes sociales para estos fines son individuos altamente comprometidos y ya activados (afectivamente) con antelación que tan solo exacerban los sesgos con los que ya contaban. Esto nos invita a pensar que, más que atender a los efectos de las redes sociales sobre los individuos, deberíamos comprender cómo estas plataformas han cambiado elementos más generales, como la retórica que usan los líderes, el contenido temático de la agenda política o la propia orientación de los medios tradicionales. Cómo han cambiado el estilo y las normas de la conversación pública *offline*.

En todo caso, es evidente que la manera en la que nos informamos y la naturaleza de los canales de información han experimentado un cambio drástico en los últimos años. Como consecuencia de ello o al mismo tiempo que esto ha sucedido, también se han transformado las estrategias discursivas de las élites políticas. Los partidos políticos se enfrentaron en la segunda década de este siglo a una crisis generalizada de desafección y a claros procesos de desalineamiento. A esa etapa de distanciamiento e indignación le ha sucedido un nuevo tiempo político en el que las élites avivan los anclajes identitarios (usualmente de carácter negativo, por oposición) para impedir que sus bases les abandonen (fomento de la lealtad). Esto les lleva a promover una retórica grandilocuente que magnifica las diferencias con los adversarios, les demoniza y plantea escenarios electorales como disyuntivas decisivas entre el bien y el mal (moralización). Cuanto más crece la diferenciación con el rival y más se instala una idea negativa de él, más probable es que el elector siga apoyando a su partido (más o menos ilusionando, pero convencido de que es mejor que *los otros* no lleguen al gobierno) o, al menos, no lo traicionará abiertamente.

La promoción del antagonismo y la simplificación se realiza a través de campañas negativas, que recurren al ataque o a emociones como el miedo o

⁴ Este es un ejemplo claro de cómo el contacto intergrupalo como estrategia de despolarización (Allport, 1954) necesita de ciertas condiciones muy definidas. Desde luego, en entornos *online* despersonalizados y dominados por el combate dialéctico, el contacto intergrupalo puede ser contraproducente.

el odio, lo que termina por trasladarse a la vida cotidiana. Si uno acaba convencido de que el exogrupo persigue intenciones deleznable, es difícil que eso no afecte a la relación con quien sabemos que apoya esas supuestas intenciones. Las élites tienen una importante cuota de responsabilidad en la polarización que se vive en el nivel social o interpersonal, en tanto que normalizan una forma beligerante de relación con los rivales. Los ciudadanos infieren normas sociales a partir de los patrones de relación que observan entre los políticos (Connors, 2023). Desde el propio léxico empleado hasta la caricaturización o deshumanización del oponente, pasando por la radiografía maniquea de la realidad, todos estos artefactos discursivos permean en el sentido común de la población. Apelar a las emociones ante la dificultad de interpelar a unos públicos hiperconectados y desencantados convierte a la polarización en un recurso persuasivo, que en contextos de inestabilidad y fragmentación política no se reserva solo al periodo de campaña electoral. Si diversos estudios nos han enseñado cómo las campañas electorales se convierten en los periodos de máxima polarización, por estar sometidos en su transcurso los electores a continuos estímulos de activación identitaria y profundización de la divergencia ideológica (Hernández *et al.*, 2021), cabría añadir que las tendencias de «campaña permanente», las repeticiones electorales/ciclos electorales encadenados y la fragilidad de los gobiernos extienden más allá de la noche electoral el tono intenso propio de la campaña (Rojo-Martínez y Crespo-Martínez, 2023).

Las consecuencias

El análisis de las consecuencias de la polarización afectiva se ha centrado en dos grandes dimensiones: la democrático-institucional y la social-relacional. Los estudios sobre polarización centrados en el periodo de Entregueras, como expuse al inicio, constataron que la inestabilidad asociada a la polarización y a la radicalización ideológico-social favoreció el colapso de numerosas democracias, la española entre ellas. Bajo la influencia de esta tradición, algunas investigaciones constatan que la polarización afectiva promueve el apoyo a posiciones antidemocráticas o iliberales en beneficio del endogrupo, dificulta la rendición de cuentas (los políticos se vuelven más irresponsables) y disminuye la deliberación (McCoy y Somer 2019; Orhan, 2022). También puede afectar al «consentimiento de los pededo-

res» (Orriols, 2023). El negacionismo electoral es, en última instancia, una resistencia al reconocimiento de la legitimidad de los rivales y esto debilita al conjunto del sistema al ponerlo bajo la sombra del fraude. Es especialmente interesante resaltar, de igual forma, cómo la polarización hace «casi imposible» que dejemos de votar por nuestro partido, con independencia de su actuación, pues esto manda un mensaje a las élites sobre la debilidad de la opinión pública como contrapeso (Iyengar y Krupenkin 2018a). Así, la polarización afectiva nos acercaría a un escenario de retroceso democrático, aunque no necesariamente por la extensión entre los electores de visiones extremas que cuestionan la propia idea de democracia y respaldan, en abstracto, modelos de gobierno autoritario.

Los trabajos por ahora disponibles señalan que la polarización afectiva no genera menos apoyo a la democracia o un cambio general de los valores democráticos. El problema es que la posición en torno a las reglas de juego se vuelve cambiante dependiendo de quién reclame su cumplimiento o de quién pretenda alterarlas (Kingzette *et al.*, 2021). Nuestras actitudes democráticas acaban también siendo pasto de los sesgos de grupo. Justificamos la transgresión de las reglas cuando está en el poder nuestro partido porque la lucha contra el «enemigo» está por encima de la propia democracia. Esto no significa que el apoyo a las ideas democráticas haya desaparecido (en el sentido de apoyo difuso), de hecho, cuando sea el exogrupo quien alcance el poder, seremos los primeros en exigir un exquisito cumplimiento de los procedimientos. La polarización afectiva nos convierte en «hipócritas democráticos» (Simonovits *et al.*, 2022) y relaja nuestras alertas hacia comportamientos inaceptables. Según afirma Torcal para el caso español, «la polarización afectiva no propicia el cuestionamiento general de los principios de tolerancia y control político, sino que va acompañada de una politización de este asunto» (2023: 217). Es una evidencia más de la ruptura de los grandes consensos, todo (también las reglas de juego) se vuelve objeto de enfrentamiento político. En estrecha relación con esta cuestión, la polarización afectiva agudiza los procesos de razonamiento motivado de base partidista, lo que dificulta un correcto procesamiento de la información, distorsiona los hechos y deriva en una evaluación menos precisa del entorno (Banda y Cluverius, 2018). El razonamiento motivado también hace que prestemos menos atención al contenido expreso de los debates políticos y tendamos a alinearnos más con lo que defiende nuestro líder preferido o nuestro partido en cualquier circunstancia (Druckman *et al.*, 2013; Gon-

thier y Guerra, 2023). Como consecuencia, se empobrece el debate público y la política se vuelve más predecible y cerrada. Eso sí, la polarización afectiva promueve la participación electoral, especialmente entre los ciudadanos menos sofisticados (Harteveld y Wagner, 2023; Ferreira da Silva y Garzia, 2024). Un efecto que, siguiendo postulados normativos, podríamos calificar como positivo.

Dentro de esta misma dimensión, debemos referirnos a las consecuencias de la polarización para el funcionamiento de las instituciones y para la gobernabilidad. Cuando se rompe la confianza en el partido rival (creer que también quiere lo mejor para el país pese a que no se compartan los medios), aumenta la resistencia a colaborar con sus propuestas y esto termina por dañar la capacidad legislativa y la posibilidad de formular «políticas de Estado», que precisan de acuerdos interpartidistas (Hetherington y Rudolph, 2015). Incluso en ausencia de parálisis legislativa, en contextos socialmente polarizados, las normas pueden encontrar fuertes resistencias en su fase de implementación al no ser fruto de un consenso lo suficientemente amplio, sino más bien de un permanente juego de «suma-cero» e imposición (McCoy *et al.*, 2018). La dificultad para llegar a grandes acuerdos y la confrontación excesiva añaden un factor de vulnerabilidad a la hora de hacer frente a crisis como la provocada por la COVID-19 (Galais y Balinhas, 2025).

Si analizamos ahora la dimensión social-relacional, la polarización afectiva hace que prestemos atención a aspectos políticos en situaciones no políticas, primando a los individuos que comparten nuestra identidad en escenarios tan diversos como las relaciones de pareja o los procesos de selección laboral (Iyengar *et al.*, 2019; Dimant, 2024; Hudde y Grunow, 2024; Abel *et al.*, 2024; Rojo-Martínez, 2025). La reducción de la interacción con las personas que no comparten nuestras ideas (distanciamiento social) es un buen ejemplo de las consecuencias de la polarización afectiva sobre la confianza social general (Torcal, 2023). Con esta suerte de endogamia relacional se constata que la polarización afectiva es una seria amenaza para la cohesión de nuestras sociedades y dificulta la cooperación entre personas con identidades partidistas diferentes, pero que pueden compartir intereses comunes o necesitarse mutuamente para superar un determinado reto (Dimant, 2024). Según Berntzen *et al.* (2024), la polarización afectiva aumenta el coste de interactuar con el exogrupo, porque las expectativas sobre esa interacción son altamente negativas. Si volvemos ahora a la re-

flexión sobre la evolución de la confianza social general, podemos comprender cómo la percepción de polarización dificulta la confianza en los demás al asumir que no se comparten valores fundamentales con buena parte de la población (Lee, 2022). Al ser percibidos los rivales como una amenaza, se debilitan los lazos comunitarios (Torcal y Thomson, 2023). En definitiva, nos volvemos ciudadanos más recelosos, prejuiciosos, encerrados en nuestra propia tribu y reducimos la conducta prosocial.

FIGURA 2. ESQUEMA RESUMEN DE LAS CONSECUENCIAS DE LA POLARIZACIÓN AFECTIVA



Fuente: elaboración propia.

Conclusiones: caminar hacia la despolarización

El conflicto es un elemento constitutivo de la política democrática. De hecho, debe serlo. Cuando tratamos el problema de la polarización no buscamos una (indeseable) utopía consensualista. El problema es cómo logramos que el contraste de preferencias o sentimientos de pertenencia no promueva manifestaciones tribales, inciviles y de desagrado en el plano personal. Cómo logramos debatir de una forma más sana y armoniosa, prestar atención a los hechos y no guiarnos por un excesivo *hooliganismo*, propio del razonamiento motivado permanente. Durante muchos años, los científicos sociales se han preocupado por desentrañar los orígenes de la

polarización afectiva. Identidad, ideología, ecosistema mediático, cambios en la oferta partidista, retórica y acciones comunicativas de las élites, coyunturas económicas adversas. Este cuerpo teórico está suficientemente desarrollado, como hemos tenido ocasión de exponer. También hemos logrado desentrañar bien las consecuencias de la polarización, en términos institucionales, democráticos y sociales. Ahora, se espera de nosotros como comunidad científica que aportemos soluciones a un problema con hondas raíces psicológicas y que es inseparable de los incentivos que las élites siguen teniendo para azuzar el enfrentamiento y las pasiones entre sus votantes.

Si bien la cuestión de la «despolarización» merecería por sí sola un capítulo, quiero tan solo apuntar algunas estrategias desarrolladas hasta ahora y cómo podemos repensar este reto de cara al futuro. La corrección de percepciones erróneas y el fomento del contacto intergrupar han destacado como las dos intervenciones más recurrentes en este tipo de diseños experimentales (Levendusky y Stecula, 2021; Rossiter y Carlson, 2024). Ambas son herederas de la psicología social y de los modelos clásicos de resolución de conflictos (Allport, 1954; Al Ramiah y Hewstone, 2013). Sin embargo, como advierte Iyengar (2024), estos estímulos y experiencias no pueden ser trasladados a la vida real, no se pueden reproducir a gran escala sin un coste inasumible. La única reflexión posible es apelar a un cambio en las estrategias de las élites políticas, cuyo rol simbólico puede moldear las percepciones y actitudes de sus votantes. El fomento de la cooperación interpartidista más allá del bloque y el cambio de la retórica hasta ahora sostenida por los grandes partidos del sistema no será posible sin un nuevo marco de entendimiento sobre los supuestos incentivos de la polarización. Aquí los investigadores sociales juegan un papel clave, tratando de replantear el valor real de esos incentivos tanto en términos electorales como de supervivencia de los liderazgos (espiral de destrucción cruzada) y de rendimiento institucional a largo plazo. Cuando las élites se convencen de que los beneficios marginales de la polarización en el corto plazo no les son realmente rentables, incluso para su propio bienestar, entonces cambiarán las narrativas dominantes y con ellas las percepciones de los públicos, la sensación de amenaza y la aparente norma social pro-polarización.

